

LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Fernando de Rojas, *La Celestina*. Nuestros Clásicos, 27. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1964, 328 pp.

NOTICIA: Se sabe muy poco sobre la vida de este autor, y hasta se duda de que escribiera totalmente *La Celestina*, pero no existe noticia cierta sobre quién o quiénes colaboraron en este texto. Las apasionadas búsquedas realizadas por los investigadores en los archivos, han logrado exhumar muy pocos datos; el misterio persiste, y sólo se puede afirmar con certeza, entre otras cosas, que Fernando de Rojas nació en Puebla de Montalván; no fue un escritor profesional, sino que se dedicó a las leyes teniendo el grado de bachiller; la mayor parte de su existencia transcurrió en la villa de Talavera; estuvo casado con Leonor Álvarez; y murió probablemente en el año de 1541.

La Celestina es una obra dramática que su autor catalogó como tragicomedia (más exacto sería denominarla novela dialogada) y se compone de 21 actos. Los editores de la presente edición ofrecen un texto modernizado, y con suficientes notas aclaratorias para hacerlo comprensible al lector moderno.

EXAMEN: Es indiscutible el mérito que entraña reeditar de tiempo en tiempo obras indispensables y fundamentales para la cultura. Además del esfuerzo por prolongar la tradición humanista y hacer perdurable la continuación del espíritu, es necesario subrayar (por lo mucho que se olvida) el deleite vital que se deriva de la frecuentación de los clásicos. Sería un error creer que una obra maestra, como *La Celestina*, sólo fue escrita para ser objeto de la paciencia y el trato (un tanto estéril en la mayoría de los casos) de los eruditos. No, el autor trabajó con su pluma pensando en gentes comunes, a quienes deseaba divertir e instruir en las verdades de la vida. Por fortuna el genio literario de Fernando de Rojas era muy superior a sus afanes moralistas, y el analista agudo de la realidad, el creador de personajes perdurables, triunfó sobre el olvido que es el fin ineludible de numerosos intelectuales bien intencionados, pero faltos del talento indispensable.

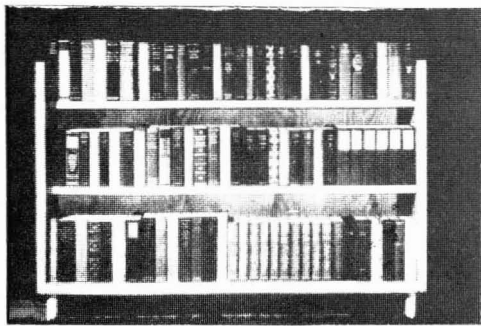
La tragedia en *La Celestina* consiste en la dualidad de dos corrientes del pensamiento y de dos maneras diferentes y contrapuestas de considerar la existencia. Por una parte, el instinto del individuo exige su realización; por otra la sociedad lo reprime. Calisto y Melibea se aman, su pasión es condenada por la sociedad. La eterna historia se viene repitiendo desde Adán y Eva, y el desenlace ha sido trágico, funesto para los amantes. El diablo tienta a nuestros primeros padres; los criados y los vividores son los instrumentos de perdición de los amantes renacentistas. Una vez que se descubre la dualidad como fuerza motriz de *La Celestina*, los contrarios en perpetua batalla salen con natural facilidad a la luz del análisis. La fórmula se repite con exactitud matemática: el idealismo de los amantes se opone al cínico realismo de los criados; el epicurismo y el pesimismo luchan entre sí; los valores medievales se estrellan contra

las nuevas ideas renacentistas; constantemente riñen la castidad y la lujuria, etcétera.

Son muchas las cualidades que encierra *La Celestina*, y resulta imposible enumerarlas en breve espacio. Bástenos aquí subrayar la fuerza creadora de Fernando de Rojas, quien fue capaz de concebir a uno de los personajes más humanos y arquetípicos de la literatura española: la vieja y astuta alcahueta que le da nombre a la obra. El realismo y la vitalidad que la alientan son producto de una sensibilidad renacentista viril, reciamente ibérica, que sabía enfrentarse a la realidad con una gran firmeza de ánimo, sin escrúpulos decadentes, llamando a las cosas por su verdadero nombre. Fernando de Rojas era pesimista porque conocía la aspereza de la vida, pero esto no le impedía amarla apasionadamente.

CALIFICACIÓN: Suprema.

—C. V.



REFERENCIA: Sergio Galindo, *La comparsa*. Serie del volador. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1964. 142 pp.

NOTICIA: Nacido en 1926, Sergio Galindo es en la actualidad uno de los mejores novelistas mexicanos. Sus tres obras anteriores, *Polvos de arroz*, *La justicia de enero* y *El Bordo* (que fueron precedidas por un libro de cuentos: *La máquina vacía*), lo han mostrado como un autor en el que la renuncia a la retórica, a la visión ampulosa y henchida que lastra tantas novelas mexicanas, es el resultado natural de un interés directo y profundo por sus personajes, por el mero suceder de las acciones y su significado secreto. Limitándose al empleo de estos elementos —los elementos del verdadero novelista— Galindo ha hecho, al mismo tiempo, una novela sobre la justicia y otra sobre el sentido trágico. Dos polos que revelan su trayectoria, su sentido del mundo. Sin pretensiones formales exteriores, mediante un tratamiento seco y riguroso, casi esquemático, sus novelas han viajado siempre hacia adentro. Ahora, *La comparsa* nos entrega otra imagen que profundiza en una dirección distinta el mundo del autor.

Paralelamente a su labor como novelista, Galindo ha realizado una importante labor cultural dirigiendo la editorial de la Universidad Veracruzana y la revista *La Palabra y el Hombre*, de la misma Universidad.

EXAMEN: El ritmo rápido y nervioso de la acción, su construcción dramática y la rigurosa sequedad de su lenguaje

directo, hacen de *La comparsa* una novela que se lee fácilmente, quizás demasiado fácilmente. Encadenado por la múltiple sucesión de pequeñas escenas, llevado de un lado a otro, prisionero de esa aparente falta de continuidad que parece cortar la respiración narrativa, el lector sigue la trama de *La comparsa* con los ojos cerrados. Confieso que cuando yo me encontré con sorpresa en la última página de la novela y leí las líneas finales, cerré el libro desconcertado y pensé que le faltaba algo, que era demasiado esquemático; pero en seguida me di cuenta también de que tenía presentes a todos los personajes y seguía dentro de la novela, viviéndola. Y es que *La comparsa* es una de esas obras que nos obligan a pensar; se nos revela hacia atrás, se queda en nosotros y logra que mediante un puro desarrollo objetivo, sin ningún acento, sin ningún comentario, la realidad creada en ella nos revele, sin embargo, una verdad íntima y secreta, un juicio sobre el mundo del que los personajes, a pesar suyo, sin perder su independencia, se convierten en expresión, trascendiéndose. Ahora, no creo que *La comparsa* sea una novela que nos presente la catarsis de una ciudad. Es mucho más que eso. Es una novela sobre el hombre, sobre su breve paso sobre el mundo y la pequeñez y la grandeza de sus anhelos y sus sueños. Y es también, por esto mismo, esencialmente, una novela sobre la desesperanza. Pero todo esto está dicho en ella de una manera que nos revela al gran artista que hay en Sergio Galindo. Logrando hacer actuar, hacer vivir a sus personajes y, lo que es más importante, viéndolos estar con una objetividad, que es fruto de la comprensión, la identificación y el cariño; sin que ellos tengan conciencia de su ser, Galindo ha conseguido que el lector sí la tenga, y la tenga aun a pesar suyo, mediante la magistral elección de unos cuantos detalles que nos revelan el sentido oculto de la novela, su tema. En este sentido, hay que citar el último párrafo de la obra: "Atrás de ellos la ciudad escondida en sus desniveles empezaba a quedar silenciosa. La luna avanzó sin sorpresas sobre el sueño". Con este párrafo, Galindo abandona a sus personajes, los deja con nosotros. Entonces recordamos el entrañable, íntimo principio de la novela, reaparecen Bartolomé, Clementina, Luis, Margarita, Alicia, Arnulfo Wells y sentimos sobre ellos la indiferencia del mundo, su radical separación, su soledad que es la nuestra, la de todos. También el propósito del ritmo narrativo se hace evidente entonces. Cada una de las pequeñas escenas parece afirmar la fugacidad del instante, su inevitable precipitarse en el vacío al que conduce el tiempo y así, vamos de uno a otro y, de pronto, sabemos. Sergio Galindo ha logrado que la aparente superficialidad de *La comparsa*, su búsqueda y difícil sencillez escondan no sólo su rigurosa construcción, el medido equilibrio de cada uno de los sucesos, sino también que su auténtica profundidad, su verdadero significado, se mantenga secreto hasta el momento oportuno. En vez de nombrar, nos conduce a la revelación y logra que la realidad se abra sin perder su carácter hermético, sin dejar precisamente de ser real. No es otra la tarea del artista.

CALIFICACIÓN: Muy buena.

—J. G. P.